

Aprender más allá del aula, el valor de los contextos no formales



Teresa Alvarado Turiel
FEAE Castilla y León

La educación no se limita a lo que ocurre dentro de las aulas. A lo largo de la vida aprendemos en espacios muy diversos: asociaciones, actividades culturales y deportivas, proyectos comunitarios, entornos laborales, cursos, talleres o plataformas digitales. Algunos de estos aprendizajes surgen de manera espontánea, mientras que otros responden a actividades organizadas con una finalidad educativa concreta. Es en este segundo ámbito donde se sitúa la educación no formal.

La propia LOE, en la redacción dada por la LOMLOE, reconoce en su artículo 5 bis la educación no formal y la vincula con el aprendizaje a lo largo de la vida. Se refiere a actividades, medios y ámbitos educativos desarrollados fuera de la educación formal y organizados expresamente para alcanzar determinados objetivos educativos, destacando además su complementariedad con los aprendizajes desarrollados dentro del sistema educativo.

Por tanto, la educación no formal no debe identificarse simplemente con todo aquello que ocurre fuera de la escuela. Para hablar de ella debe existir una intención educativa, cierta organización y unos objetivos formativos. Un taller cultural, una actividad deportiva organizada, un programa de voluntariado, un curso de idiomas o una propuesta de alfabetización digital pueden constituir ejemplos de este tipo de aprendizaje.

Conviene diferenciarla del aprendizaje informal, que surge de forma más espontánea a través de las experiencias cotidianas, las relaciones personales, el ocio o el trabajo. Esta idea aparece claramente reflejada en el artículo de

BBC Mundo Lo que los niños aprenden sin querer cuando no están en la escuela, que pone de manifiesto cómo el tiempo menos estructurado también permite desarrollar y consolidar conocimientos, habilidades y competencias. Jugar, relacionarse con otros, gestionar el propio tiempo o afrontar situaciones nuevas pueden convertirse en importantes experiencias de aprendizaje, aunque no hayan sido diseñadas previamente con una finalidad educativa.

La educación formal, la no formal y el aprendizaje informal no son, por tanto, realidades enfrentadas, sino espacios que pueden complementarse y enriquecer mutuamente la experiencia de una persona. Lo aprendido en el aula puede cobrar sentido cuando se aplica en otros contextos, mientras que determinadas experiencias desarrolladas fuera de ella pueden despertar intereses, capacidades y conocimientos que posteriormente se profundizan mediante una formación más estructurada.

Uno de los principales valores de la educación no formal es precisamente su flexibilidad y su capacidad para responder a necesidades muy diversas. Esta característica resulta especialmente visible en la formación de las personas adultas. Se destaca el peso que tienen actualmente los cursos, seminarios, talleres, MOOC y otras propuestas no regladas, que ofrecen oportunidades para adquirir nuevas competencias, actualizar conocimientos o adaptarse a los cambios profesionales. La formación no formal aparece, así como un complemento relevante de la educación formal dentro de una perspectiva de aprendizaje a lo largo de la vida.

La transformación tecnológica está ampliando todavía más estos escenarios. Cursos en línea, comunidades virtuales, plataformas educativas y nuevas herramientas digitales permiten aprender en momentos y lugares cada vez más diversos. En este sentido, un reciente análisis de Coomeva sobre las tendencias educativas de 2026 subraya la evolución hacia modelos más flexibles y hacia un aprendizaje continuo, en el que las fronteras entre los espacios formales y no formales son cada vez menos rígidas. Al mismo tiempo, recuerda que la incorporación de tecnología solo resulta verdaderamente educativa cuando va acompañada de un propósito y de un adecuado diseño pedagógico.

Los contextos no formales pueden adquirir además una importancia especial cuando el acceso ordinario a la educación se encuentra dificultado. UNICEF muestra cómo, en situaciones de conflicto, desplazamiento o emergencia, se habilitan espacios temporales de aprendizaje y clases comunitarias para mantener las oportunidades educativas de niños y niñas que no pueden acceder con normalidad a la escuela. Estas iniciativas no sustituyen el valor de una escolarización estable, pero evidencian la capacidad de otros espacios educativos para mantener el aprendizaje y ofrecer protección y acompañamiento en circunstancias especialmente adversas.

Hablar de aprendizaje en contextos no formales supone, en definitiva, ampliar nuestra manera de entender la educación. La escuela continúa siendo un espacio esencial, pero forma parte de un ecosistema educativo mucho más amplio en el que también intervienen asociaciones, instituciones culturales, espacios deportivos, organizaciones sociales, entornos laborales y recursos digitales.

El reto no consiste en elegir entre aprender dentro o fuera del aula, sino en establecer conexiones entre estos diferentes escenarios y reconocer el valor de los aprendizajes que generan. La educación formal aporta estructura y continuidad; la educación no formal ofrece flexibilidad y nuevas oportunidades; y el aprendizaje informal incorpora aquello que adquirimos a través de nuestra experiencia cotidiana. Aprender a lo largo de la vida implica reconocer que la educación puede producirse en muchos lugares, de muchas formas y en momentos muy diferentes de nuestra trayectoria personal.

Accede a la recopilación completa de publicaciones analizadas escaneando el QR.
Escanea y accede a la colección en Wakelet